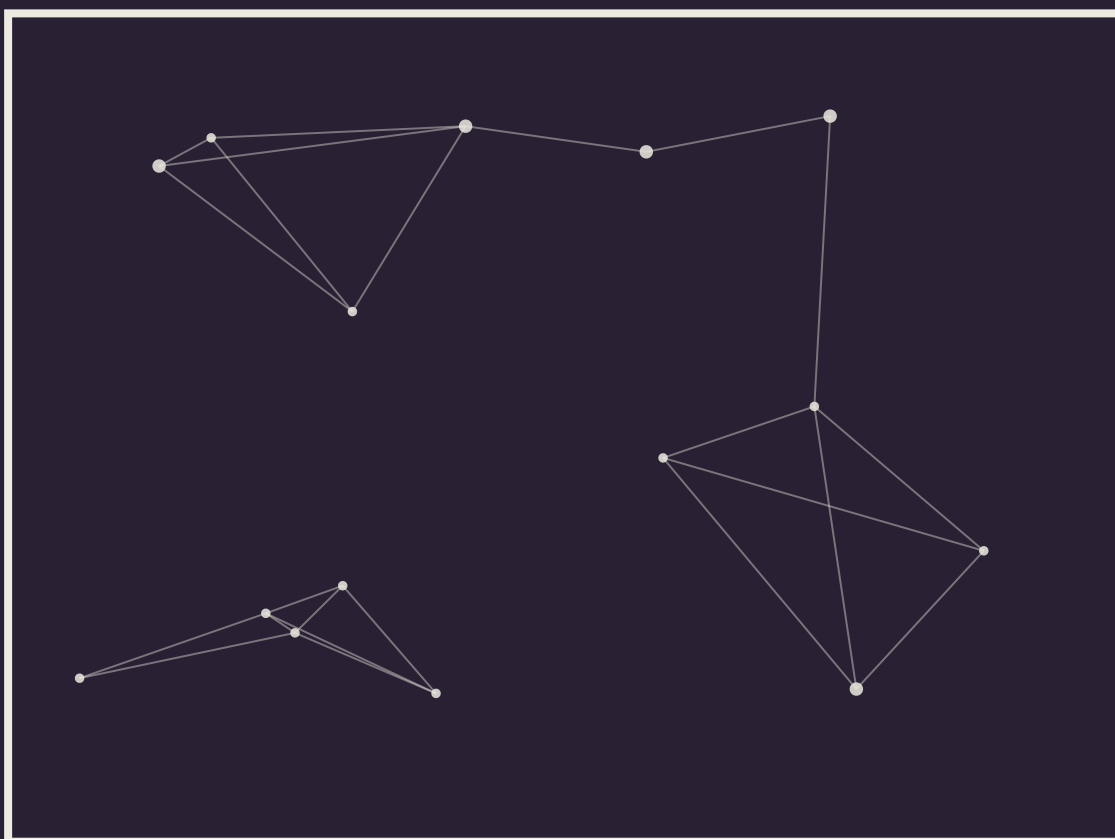


ESBOZANDO LO INHUMANO

Conjeturas sobre el capitalismo y la necrocracia orgánica

REZA NEGARESTANI



■ ARQUEOLOGÍAS DEL PORVENIR · TR. 15

ESBOZANDO LO INHUMANO

Conjeturas sobre el capitalismo y la necrocracia orgánica

REZA NEGARESTANI

Traducción al cuidado de Roberto Chuit Roganovich
COLECCIÓN DE TRADUCCIONES · ARQUEOLOGIASDELPORVENIR.COM.AR

Con la floreciente popularidad del pensamiento especulativo, se está volviendo más evidente que aquello rotulado como “especulativo” es más un epifenómeno de la renegociación inquisitiva de las facultades humanas, de sus límites y vulnerabilidades, que una incursión contraintuitiva a los paisajes abisales abiertos por la ciencia contemporánea. En este marco, en las formas más extremas del pensamiento especulativo, la intervención y el análisis político han sido reducidos o al menos temporalmente suspendidos. Esto es así puesto que el horizonte de agenciamiento (de emancipación o intervención), los privilegios ontológicos y las condiciones de experiencia son precisamente los ingredientes del pensamiento político que hoy se encuentran bajo proceso de interrogación crítica. Sin embargo, y por curioso que pueda resultar, parecería que el pensamiento especulativo no se ha dado por vencido en interpretar al capitalismo –esta hipotética *mathesis universalis* de problemas político-económicos– incluso en algunos de sus momentos más apolíticos¹. Con el fin de entender algunos de los *impasses* disyuntivos entre el pensamiento especulativo y la política, como también las posibilidades de movilizar una política capaz de usar los recursos del pensamiento especulativo, este ensayo va a concentrar su energía en la figura político-económica más recurrente del pensamiento especulativo: el capitalismo. Para ello diseccionaremos, paso a paso, las extrañas afinidades entre: por un lado, las insinuaciones por parte del capitalismo contemporáneo de una política inhumana y, por otro, el asalto del pensamiento especulativo “al conjunto empíricamente sobredeterminado de facultades cognitivas impuestas por la imaginación especulativa”². Subsiguientemente, investigaremos las líneas de correspondencia entre la concepción inhumana del capitalismo y los intentos más radicales del pensamiento especulativo por excluir cualquier predicado antropomórfico con el fin de comprender los límites de una forma de política nutrida por los resultados del pensamiento especulativo. Sólo reorientando los vectores del pensamiento especulativo en relación a estos límites es que saldrán a la luz varios obstáculos, pero también muchas posibilidades de pensar una política capaz de reflejar y movilizar los vectores del pensamiento especulativo.



A pesar de que numerosos textos han sido escritos sobre el modelo energético del aparato psíquico de Freud en *Más allá del principio de placer*, pocos de ellos continuaron desarrollando el análisis energético freudiano con el mismo espíritu especulativo. Incluso entre el puñado de estas obras, casi todo el énfasis ha sido colocado en las líneas más explícitas de *Más allá del principio de placer* sobre la inevitabilidad de la regresión a la exterioridad inorgánica, esto es, la muerte. Lo que puede ser llamado regresión tanatrópica o compulsión de lo orgánico a regresar al estado inorgánico de disolución ha sido frecuentemente acentuado a costa de sacrificar los frentes más especulativos del modelo energético de Freud en lo que respecta al trauma y al orden económico del organismo. Siguiendo las lecturas de Deleuze y Guattari referidas a la relación íntima entre la pulsión de muerte freudiana y el capitalismo, la teoría freudiana de la regresión tanatrópica se ha convertido en una herramienta especulativa recurrente que ofrece una imagen escurridiza y bifronte del capitalismo que, a pesar de su adhesión a los intereses conservadores de los humanos, se registra a sí mismo como una singularidad planetaria a la vez inevitable y desencantadoramente emancipatoria.

El propio Freud manifestó la vinculación de su «descubrimiento» del instinto de muerte con la guerra del 14-18, modelo de la guerra capitalista. De un modo más general, el instinto de muerte celebra las bodas del psicoanálisis con el capitalismo; antes era un noviazgo aún indeciso. Lo que hemos intentado mostrar a propósito del capitalismo es de qué modo heredaba una instancia trascendente mortífera, el significante despótico, y lo efusionaba por toda la inmanencia de su propio sistema: el cuerpo lleno convertido en el del capital-dinero suprime la distinción entre la antiproducción y la producción; mezcla por todas partes la antiproducción con las fuerzas productivas, en la reproducción inmanente de sus propios límites siempre ampliados (axiomática). La empresa de muerte es una de las formas principales y específicas de la absorción de la

plusvalía en el capitalismo. Es ese mismo camino el que el psicoanálisis recobra y rehace con el instinto de muerte³.

Según esta imagen bifronte basada en las insinuaciones político-económicas de la pulsión de muerte, y al adquirir un impulso [*momentum*] angular propio, el capitalismo trae a superficie una emancipación en términos diferentes a los propiamente humanos. En este caso, al mismo tiempo que abierto a los intereses humanos, el capitalismo se mueve hacia una emancipación planetaria en la que la singularidad capitalista se distancia de los propósitos y privilegios humanos. Esta imagen del capitalismo como algo que puede simultáneamente encontrarse al servicio de los intereses humanos, pero ser aun así un modelo inhumano de emancipación, se ha vuelto un *tropo* romántico común entre filósofos que abogan por un capitalismo capaz de maridar la economía concreta de la vida humana con un cosmos donde ni el ser ni el pensamiento gozan de ningún privilegio.

Como Nick Land ha elaborado tanto en *The Thirst for Annihilation* como en sus ensayos, aquello que trae la posibilidad de este extraño maridaje entre la praxis humana y la emancipación inhumana es tanto la tortuosa economía de la disipación como el deseo parcialmente reprimido de colapso inherentes al capitalismo⁴. Si bien la economía de la disipación puede ser capturada por humanos a través de una participación libidinal y materialista con la singularidad tecno-capitalista, ella escapa a la gravitación de lo humano y conlleva su disolución hacia la exterioridad inorgánica. En este sentido, el capitalismo no es un estado alcanzable sino un proceso o tendencia disipatoria (anti-esencia) que se mueve alrededor de los desvíos [*detours*] de la complejidad organizacional, incrementando la mercantilización y la intrincada síntesis entre la *techné* y la *physis* para, en última instancia, llevar el horizonte conservador humano a un estado de disolución sin límites. Los impulsos inmunológicos del capitalismo contra su propio deseo implícito de colapso están condenados a fallar en la medida en que el capitalismo obtiene su impulso [*momentum*] angular cosechando recursos planetarios y produciendo su irreparable imagen esquizofrénica.

El deseo maquínico nos resulta inhumano porque desgarrar las culturas políticas, borra las tradiciones, disuelve subjetividades y hackea los aparatos de seguridad, rastreando un tropismo sin alma hacia el grado cero del control. Por lo tanto, lo que se le aparece a la humanidad como la historia del capitalismo es un espacio artificial inteligente del futuro que nos invade y debe ensamblarse a sí mismo a partir de los recursos del enemigo⁵.

Es esta entrega singularizada de lo humano al estado de disolución –concomitante con el impacto pulverizante que tiene sobre la correlación entre pensamiento y el amor propio del hombre (a saber, la supervivencia orgánica)– lo que asigna al capitalismo un rol emancipatorio inhumano. Este modelo de la emancipación es comparable al concepto de “holocausto de la libertad” de H. P. Lovecraft, que celebra la consumación de la muerte del hombre con la emancipación humana. De este modo, a través de una reapropiación político-económica de la teoría freudiana de la pulsión de muerte, Nick Land identifica al capital como una singularidad planetaria hacia la disipación cuyo dinamismo se vuelve más complicado a medida que se acerca a cero.

Una vez establecido el sistema de mercancías, ya no es necesario un impulso cultural autónomo en el orden del objeto abstracto. El capital alcanza su propio «momento angular», perpetuando un torbellino de disolución sin control, cuyo centro es el cero virtual de la acumulación metropolitana impersonal. En la cúspide de sus proezas productivas, el animal humano es arrojado a una nueva desnudez, a medida que todo lo estable se liquida progresivamente en la tormenta⁶.

Comparemos ahora la veneración que siente Land por el relato de Freud sobre la pulsión de muerte como una forma de creatividad que impulsa la vida hacia formas extravagantes con el modelo inhumano del capitalismo en donde la afirmación y la demanda por *más* no es sino “un río buscando un mar”:

La pulsión de muerte no es un deseo de muerte, sino una tendencia hidráulica a la disipación de intensidades. En su dinámica primaria, es completamente ajeno a todo lo humano, y por supuesto a las tres grandes mezquindades de la representación, el egoísmo y el odio. La pulsión de muerte es el hermoso relato de Freud sobre cómo la creatividad tiene lugar sin el menor esfuerzo, sobre cómo la vida es impulsada a sus extravagancias por la más ciega y simple de sus tendencias, y sobre cómo el deseo no es más problemático que un río que va a desembocar al mar⁷.

Land presenta aquí un modelo o definición del capitalismo. Se trata, a pesar de sus enredos colusorios con los deseos e intereses humanos, de una singularidad desviada y, por tanto, compleja, *hacia* la exterioridad inorgánica que, en última instancia, supone una liberación total de la naturaleza conservadora del organismo y de los límites del pensamiento. La pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿es la singularidad disipatoria del capitalismo realmente emancipatoria o no? Y aun de forma más crucial, ¿acaso el modelo de aceleración de la disipación planetaria del capitalismo efectiviza un modelo inhumano de emancipación que se aleja de los ámbitos conservadores de lo humano? La ambición de este ensayo es, por lo tanto, renegociar la definición de la singularidad capitalista a través de un compromiso tanto más estrecho y extremo con la tesis especulativa freudiana sobre la regresión tanatrópica. En consecuencia, investigaremos si esta concepción emancipatoria del capitalismo presenta genuinamente o no un modelo radical de lo inhumano.

La connivencia entre la ciencia y el capitalismo confiere un significado crítico y alarmante a aquellas consideraciones sobre la relación entre el capitalismo y su propia imagen, esto es, como singularidad que cohesiona la exterioridad inorgánica a través de la compulsiva regresión del organismo. La connivencia entre el capitalismo y la ciencia le permite al capitalismo incorporar el continuo desencanto de la ciencia por el cosmos como el *locus* de la objetividad absoluta y la extinción inevitable. Al hacer eso, el capitalismo puede establecer una imagen de sí mismo a la vez emancipatoria e inevitable: el capitalismo es inevitable porque terrenalmente coincide con y converge hacia la cósmica “verdad de la extinción” (Brassier); es emancipatorio porque alberga la debacle de lo humano a la vez que vincula el desencanto ilustrado implícito en la disolución como verdad objetivante⁸. En otras palabras, la complicidad entre la ciencia y el capitalismo provee al capitalismo de un arma especulativa capaz de imponer al capitalismo como el horizonte universal de los problemas político-económicos a la vez que como modo último de salida del restrictivo ámbito de la esfera terrestre. Mientras que la primera otorga al capitalismo un vector de participación, el último constituye el ingenioso modelo de emancipación del capitalismo.

En cierto sentido, probablemente nada ha sido más redituable para el capitalismo que su alianza clandestina con la ciencia, gracias a cuyo apoyo el capitalismo se ha vuelto cada vez más elusivo, más difícil de resistir, y más seductor para aquellos que esperan el inminente regreso de la ilustración científica o el advenimiento de las singularidades tecnológicas. El antihumanismo, en este sentido, se ha convertido irónicamente en el formidable asesino del capitalismo en cuanto conecta al capitalismo con un modelo inhumano de emancipación o en cuanto le ofrece al capitalismo poderes míticos contra múltiples manifestaciones de la *hybris* humanista. Por lo tanto, este ensayo también puede ser leído como una represalia especulativa contra los supuestos aspectos antihumanistas del capitalismo que contribuyen a su imagen de singularidad irresistible. En consecuencia, este escrito intentará arrancar una concepción radical del inhumanismo de aquellas manos antihumanistas que nutren de múltiples formas al capital. A raíz de la complicidad entre ciencia y capitalismo, cada vez es más evidente que la resistencia inhumanista contra el capitalismo no debería dedicarse a predicar contra el humanismo y sus secuaces filosóficos. Por el contrario, debería deshacerse del tipo de pensamiento antihumanista que románticamente –ya de forma voluntaria o involuntaria– ha contribuido al culto del capital y ocluido tanto el pensamiento como la praxis. Es posible recapitular las sospechas planteadas en aras a una definición antihumanista del capitalismo en dos preguntas:

1. ¿Hasta qué punto la apropiación freudiana de la idea del capital –desarrollada por Deleuze y Guattari y posteriormente revisitada por Nick Land a través de la desvinculación político-económica de la teoría freudiana de la regresión tanatrópica– como una concepción antihumanista y aun así emancipatoria, destruye la ilusoria soberanía de lo humano y se alía con el inhumanismo del que pretende ser precursor?

2. ¿Acaso la reinscripción en clave cosmológica de la pulsión de muerte freudiana, que extiende la regresión tanatrópica del organismo a cualquier otra forma de encarnación (desde la vida orgánica a la planta pasando por las formaciones estelares hasta la materia misma), reniega de la imagen del capitalismo como un tornado inexorable pero a la vez emancipatorio dirigido hacia la liquidación total? ¿Puede la reinscripción en clave cósmica de la teoría freudiana de la regresión tanatrópica redimir al antihumanismo y rescatarlo de las garras del capitalismo? ¿Acaso en su trabajo, *Nihil Unbound*, Ray Brassier, y siguiendo el novedoso acercamiento de Freud por parte de Land en *The Thirst for Annihilation*, ha recurrido a esta última solución para borrar las manchas del capitalismo de un modelo de ilustración cósmicamente eliminativista (es decir, el nihilismo científico como movimiento audaz del pensamiento especulativo)?

II

La caracterización del capitalismo como una singularidad a la vez participativa (y por tanto, abierta a la praxis) y emancipatoria no debería ser simplificada como una concepción impotente y fantasmática a la espera de su actualización. Se trata más bien de un soporte y garante para la praxis del capitalismo en todos sus niveles. Es la integración sin fisuras entre la inevitabilidad singularizada y la ubicuidad emancipatoria lo que llama a una praxis espontánea. Y es el énfasis en la praxis lo que acelera el despertar del torbellino arrollador del capital. Por lo tanto, tal caracterización del capitalismo se ha vuelto una forma programática de apologetica de la ubicuidad del capitalismo que, a su vez, justifica la asimilación axiomática de todos los sistemas planetarios, formas de vida y vectores de pensamientos por el flujo mimético del capital. La ubicuidad, en este marco, es afirmada precisamente por la caracterización del capitalismo como una tormenta disolvente en el proceso de destronar al humano de su terrenal torre de marfil. Y es este aluvión ondulante hacia la disipación de la materia y la energía lo que o bien representa engañosamente o bien coincide genuinamente con la extinción cósmica y con la desintegración asintomática del universo incluso en un nivel elemental de la materia, es decir, con la ubicua y omnicomprensiva verdad cósmica de la extinción como tal. Por esta razón, la supuesta caracterización del capitalismo como inhumano sirve como una contribución programática –más que una contribución meramente teórica– al propio ethos pragmático y asimilador del capitalismo. Esta contribución programática se lleva a cabo cuando se establece una línea de correspondencia y coincidencia entre, por un lado, las fuerzas disolutorias del capital y, por el otro, la desintegración de fuerzas cósmicas vigorosamente proclamadas por la ciencia contemporánea. Esta es la razón por la cual la definición inhumana del capitalismo –especialmente como singularidad que milagrosamente entreteje en el mismo espacio participación, desencanto cósmico y emancipación– se ha vuelto un atractivo para varias corrientes de la filosofía especulativa y la política imaginativa. Mientras que la primera se ha desilusionado tanto en relación a las restricciones de la materia como en relación a las condiciones subjetivas o intersubjetivas de la experiencia, la segunda se ha agotado de los fanatismos románticos del marxismo kitsch y de las locuras desastrosas del liberalismo.

En *The Thirst for Annihilation* y posteriormente en sus numerosos ensayos, Land introduce un modelo inhumano de capitalismo a través de una reapropiación del modelo energético del aparato psíquico freudiano. La razón del enfático recurso de Land al modelo energético freudiano es que el carácter extremo y la generalidad terrestre de la pulsión de muerte de Freud es capaz de movilizar universalmente al capitalismo más allá de sus condiciones históricas y particulares. En otras palabras, es la pulsión de muerte la que, de forma trascendente y desde su propia interioridad, universaliza al capitalismo como aquello capaz de abarcarlo todo. En el mismo sentido, como señala Land, si la muerte es ya inherente al capital como “parte de la máquina”, la “muerte del capitalismo” es una ilusión generada bien por un pensamiento antropomórfico deseante o por una indulgencia neurótica victimizadora⁹. Land asume que la caracterización emancipatoria del capitalismo requiere un modelo realista capaz de colocar la realidad de la emancipación de forma exterior a los privilegios ontológicos y subjetivos de lo humano. Y es el modelo energético de Freud, como modelo prototípico del pensamiento especulativo, el que revoca los encantados privilegios ontológicos de la vida al presentar a lo

vivo como un corte temporal respecto de su exterioridad precursora, esto es, lo inorgánico. Tanto la vida del pensamiento como la vida del cuerpo humano son objetivadas externamente por la exterioridad originaria que las retrotrae hacia una disolución situada en posterioridad anterior a la vida. La objetivación externa del *hardware* humano –coincidente con la independiente realidad de la disolución– socava el monopolio y la hegemonía del linaje genético humano en cuanto que vehículo de las dinámicas sociales. Por otro lado, la objetivación del pensamiento es traumáticamente vinculada como vector de desilusión respecto a las carencias radicales de la vida entendidas como horizonte constitutivo de la topología y el dinamismo del pensamiento. Tal desilusión allana el camino hacia un reino abisal en donde el pensamiento debe encontrarse armado de una pulsión especulativa. En este sentido, para Land, el modelo energético freudiano se compone de un frente emancipatorio pero aun así antihumanista en cuanto coloca la posterioridad anterior de la disolución como verdad radical siempre decidida a arrojar las facultades humanas por las letrinas de la objetividad pura.

Sin embargo, el modelo energético de Freud se compone de otro frente que no excluye completamente lo humano: la escisión traumática de lo inorgánico o de cualquier otra exterioridad precursora brinda la posibilidad de la vida, que consiste en oportunidades energéticas. Estas oportunidades energéticas son conservadoramente envueltas y desarrolladas para apoyar la supervivencia (desde la forma básica de la perseverancia a su complejización) del organismo y su índice de interioridad. De forma correspondiente, las oportunidades energéticas ocasionadas por la escisión traumática de la exterioridad precursora quedan planteadas como caminos tortuosos hacia el estado originario de disolución. La naturaleza conservadora del organismo o de la interioridad emergente utiliza estas oportunidades energéticas –impulsadas por una diferenciación originaria con la exterioridad precursora– para desarrollar actividades intensivas y extensivas de sustentabilidad. Por esta razón, la complicación y explicación de estas oportunidades energéticas, siempre en concordancia con la naturaleza conservadora del organismo, pueden ser tomadas como líneas de participación. Estas oportunidades pueden ser programadas para cambiar la topología, economía y dinamismo de la inevitable regresión a la exterioridad precursora. En resumen, el corte traumático de lo orgánico desde lo inorgánico, provee al organismo de oportunidades energéticas entendidas como lugares y condiciones de participación. El segundo frente del modelo energético freudiano de la regresión tanatrópica, en consecuencia, trae la posibilidad de la participación sin dejar de ser en última instancia emancipatoria a la vez que aplastantemente desencantadora. Estas dos formas son, respectivamente, (a) el frente emancipatorio donde la verdad de la disolución y la verdad del desencanto entran en conjunción, y (b) el frente de participación donde las oportunidades energéticas del organismo conservador pueden ser utilizadas como vectores programáticos y de aceleración hacia la antes mencionada emancipación.

Estos dos frentes del modelo de Freud están conectados por un laberinto de disipación material y energética, un intrincado circuito curvo cuya inclinación puede volverse tanto más empinada y, por extensión, *acelerada*, hacia la emancipación última. Es aquí donde el capitalismo se identifica con esta curva o laberinto de disipación, que une la naturaleza conservadora del sistema con una forma de emancipación que desconoce lo humano. El entrelazamiento entre una predisposición de acumulación y una pasión por la liquidación al interior del capitalismo resuena con el modelo energético freudiano en donde la naturaleza conservadora del organismo es un torbellino disipatorio *hacia* la exterioridad inorgánica. El capitalismo, en este sentido, es una tendencia disipatoria que se desenvuelve a través de los complicados caminos del horizonte conservador, convirtiendo las condiciones de complejización de la vida (es decir, recursos, técnicas, participaciones, etc.) en condiciones para su aceleración y perpetuación de su impulso [*momentum*] angular. La insistencia parasitaria del capitalismo en su supervivencia es la expresión de su tendencia disipatoria constitutiva (deseo de colapso) que debe efectuar su singularidad *bajo cualquier medio y a toda costa* –de ahí la concepción maquínica del capitalismo como un sistema abierto que asimila cualquier antagonismo o excepción a sus axiomas y recursos. Es por esto que, en orden a presentar un modelo antihumanista del capitalismo, Land establece una correspondencia directa entre la concepción conservadora-disipatoria del capitalismo y el modelo energético de Freud de regresión tanatrópica para la conservación orgánica. Los cálculos topológicos, económicos y dinámicos para esta definición o modelo del capitalismo como “tormenta disolvente contra todo lo sólido” puede ser encontrada en la teoría de regresión tanatrópica de Freud. Según esta definición, el capitalismo, si bien ulteriormente emancipatorio en términos diferentes a lo humano, puede ser “participado” y acelerado por los humanos y, por esta misma razón, no excluye una ética o política de la praxis.

En su *tour de force* de nihilismo e ilustración, *Nihil Unbound*, Ray Brassier parece ser completamente consciente de las amenazas que la definición landiana del capitalismo plantea contra los potenciales desencantadores del relato freudiano de la pulsión de muerte. En el marco de tal definición, la energía emancipatoria de la verdad de la extinción implicada en la teoría de la regresión tanatrópica es convertida en una justificación extraterrestre y a la vez imparcial para las indulgencias capitalistas que confunde los intereses antrópicos con los cada vez más complicados caminos de la supervivencia orgánica. En otras palabras, la inevitable verdad de la extinción, como apoteosis del proyecto iluminista del desencanto, es explotado por la reformulación freudiana del capitalismo. En este sentido, el “futuro anterior” de la extinción, como desencanto último, afirma y recrea lo humano no sólo como el elemento participante y acelerador sino también como algo que reconcilia el vitalismo con la desencantadora “verdad de la extinción”¹⁰. En orden a purgar la teoría freudiana de la regresión tanatrópica de tales manipulaciones y dibujar un “vínculo íntimo entre la voluntad de conocer y la voluntad de la nada”, Ray Brassier presenta una genuina solución especulativa¹¹. Brassier propone que la teoría freudiana de la regresión tanatrópica debe ser reinscripta en un nivel cósmico en la que no sólo lo orgánico se disuelva en lo inorgánico sino en la que también lo inorgánico adquiera una tendencia disipatoria para proteger la exterioridad precursora, es decir, la posterioridad anterior de la extinción. La “reinscripción cosmológica de la pulsión de muerte freudiana” libera la desencantadora y a la vez emancipatoria verdad de la extinción del horizonte vitalista favorable al capitalismo¹². Tal como la interioridad orgánica es abandonada en nombre de lo inorgánico, los materiales inorgánicos como condiciones de encarnación son abandonados en nombre de una exterioridad cósmica sin ataduras donde incluso la propia fibra de la materia es un índice de interioridad que debe ser deshecho. Es en el desprendimiento de todo índice de interioridad y en el abandono del dominio de su influencia que la verdad de la extinción fuerza al pensamiento a ser una imaginación especulativa hacia y desde el abismo cósmico.

Dado que la extinción cósmica representa un *factum* tan irrecusable para la filosofía como el que pueda constituir la muerte biológica -aunque curiosamente los filósofos parecen dar por sentado que esta última es más relevante que la primera, como si la familiaridad fuera un criterio de relevancia filosófica- todo horizonte de reserva del que el pensamiento corporeizado quiera alimentarse para proseguir con su búsqueda habrá de ser necesariamente finito. Entonces ¿por qué tendría el pensamiento que seguir invirtiendo en una cuenta cuyas reservas menguantes se hallan circunscritas por los parámetros temporales de la corporeización? ¿Por qué seguir jugando a ganar tiempo? Un cambio de cuerpo no es más que una forma de retrasar el encuentro inevitable con la muerte que lo impulsa bajo la forma de la voluntad de saber. Y un cambio de horizonte no es más que un medio de ocluir el alcance trascendental de la extinción² precisamente en la medida en que nivela la diferencia entre vida y muerte, tiempo y espacio, revocando la potencia ontológica que se atribuye al pensamiento temporizador en su supuesta invulnerabilidad frente a la muerte física¹³.

La reinscripción cósmica de Brassier de la regresión tanatrópica de Freud es un intento de promulgar el eliminativismo como vector último de iluminación y desencanto emancipador. Sin embargo, para promulgar cósmicamente el eliminativismo, uno debe tener un modelo para despojar a todos los horizontes de la interioridad (desde los organismos a las estrellas a las galaxias e incluso la propia materia) de sus potencias ontológicas y las llamadas oportunidades vitalistas para llevar a cabo la vida del pensamiento. El modelo capaz de garantizar esa gran purga es el relato freudiano de la pulsión de muerte. Sin embargo, como Brassier sabe, hay dos obstáculos para la apropiación del modelo de Freud: en primer lugar, como hemos dicho anteriormente, la concepción supuestamente inhumanista del capitalismo y especialmente la reformulación de Freud por parte de Nick Land, justifica las indulgencias capitalistas de las agencias antrópicas como vectores éticos y políticos. Por lo tanto, la concepción inhumanista del capitalismo venera estratégicamente al vitalismo y sus políticas afirmacionistas en nombre de la teoría de la pulsión de muerte de Freud. El segundo obstáculo es que la pulsión de muerte de Freud sólo incluye una transición desintegradora de lo orgánico a lo inorgánico, es decir, que la regresión tanatrópica es característica de la vida orgánica en general. Por esta razón, Brassier retoca la pulsión de muerte freudiana reinscribiéndola y recreándola a un nivel cósmico. De este modo, el vector

eliminativista puede abandonar el horizonte de toda interioridad –ya sea de lo orgánico o lo inorgánico (la materia como tal)– y, al hacerlo, asegura la desvinculación cósmica del proyecto de desencanto de la ilustración. Al mismo tiempo, la reinscripción cósmica de la pulsión de muerte freudiana puede poner fin a la suficiencia de la participación capitalista en la aceleración de la emancipación desencantadora albergada por la verdad de la extinción. A medida que se abandona incluso la materia para desatar los reinos abisales del pensamiento especulativo, la participación humana para acelerar la singularidad capitalista pierde su impulso [*momentum*], en la medida en que el aspecto bilateral de la participación es usurpado por el poder unilateralizante de la extinción cósmica definitiva. Aun así, la cancelación de la suficiencia no garantiza un futuro immaculado para la ilustración ni provee razones adecuadas sobre por qué ciertas participaciones humanas *sin sentido* en el marco del capitalismo deberían ser detenidas. La reinscripción cósmica del modelo de Freud por Brassier sólo consigue eliminar exitosamente el horizonte vitalista implícito en la definición antihumanista del capitalismo propuesta por Land. A pesar de eso, deja indemne la verdad aporética del capitalismo como forma de singularidad inevitable que tiende hacia la disipación ligada al orden conservador del horizonte antrópico. Al dejar indemnes el cuerpo fundamental y el primer frente de la definición landiana del capitalismo, el propio proyecto de ilustración de Brassier se convierte irónicamente en una empresa ético-política latente con un giro utópico. El relato de Brassier sobre la ilustración eliminativista, en este sentido, se regodea en el confort de una confianza utópica en las oportunidades brindadas por la plasticidad neurocognitiva, confianza que cohabita pacíficamente en la misma tierra con el capitalismo.

En la próxima sección, veremos por qué la reinscripción cósmica de Brassier del modelo energético de Freud falla en perturbar la integridad del capitalismo como singularidad hacia la disipación adoptada por el orden económico del organismo humano en su búsqueda acelerada por la preservación intensiva y la sustentabilidad extensiva (complejización). En este sentido, explicaremos cómo la exaltación de ciertos aspectos de la teoría de la regresión tanatrópica de Freud le permite a Land atribuir erróneamente al capitalismo aspectos antihumanistas y emancipatorios. En la misma línea, argumentaremos que la lectura que hace Land de la pulsión de muerte freudiana vuelve la reinscripción cósmica por parte de Brassier inobjetable y ajena a la verdad aporética del capitalismo. La próxima sección también intentará responder a las dos preguntas planteadas al final de la sección I.



En lo que parece ser la apoteosis de *Más allá del principio de placer*, Freud escribe:

En último análisis, lo que habría dejado su impronta en la evolución de los organismos sería la historia evolutiva de nuestra Tierra y de sus relaciones con el Sol. [...] Contradiría la naturaleza conservadora de las pulsiones el que la meta de la vida fuera un estado nunca alcanzado antes. Ha de ser más bien un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución. Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones *internas*, no podemos decir otra cosa que esto: *La meta de toda vida es la muerte*; y, retrospectivamente: *Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo*. [...] Durante largo tiempo, quizá, la sustancia viva fue recreada siempre de nuevo y murió con facilidad cada vez, hasta que decisivos influjos externos se alteraron de tal modo que forzaron a la sustancia aún sobreviviente a desviarse más y más respecto de su camino vital originario, y a dar unos rodeos más y más complicados, antes de alcanzar la meta de la muerte. Acaso son estos rodeos para llegar a la muerte, retenidos fielmente por las pulsiones conservadoras, los que hoy nos ofrecen el cuadro {Bild} de los fenómenos vitales¹⁴.

Luego, Freud caracteriza explícitamente la naturaleza de la tendencia tanatrópica como un régimen de muerte monopólico apoyado en los límites económicos y en las condiciones conservadoras del organismo:

Bajo esta luz, la importancia teórica de las pulsiones de autoconservación, de poder y de ser reconocido, cae por tierra; son pulsiones parciales destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes. Así se volatiliza ese enigmático afán del organismo, imposible de insertar en un orden de coherencia, por afirmarse a despecho del mundo entero. He aquí lo que resta: el organismo sólo quiere morir a su manera¹⁵.

La pulsión de muerte o regresión tanatrópica freudiana consiste en tres aspectos interconectados, en un demonio de tres cabezas. A pesar de tener sus propias líneas de pensamiento especulativo con sus respectivas consecuencias, estos tres aspectos están intrincadamente conectados y no pueden operar el uno sin el otro. En nombre de la precisión analítica, diseccionaremos estas "cabezas" o aspectos interconectados de la siguiente manera:

1. El primer aspecto (la verdad desencantadora/objetivante de la extinción): El organismo (como índice de interioridad) se extiende temporalmente desde el estado inorgánico a la vez que se encuentra energéticamente impulsado *–por todos los medios y a toda costa–* por su exterioridad precursora, que flexiona su contracción de vuelta a lo inorgánico (descontracción). La regresión tanatrópica apunta hacia una muerte cuya realidad no puede ser indexada ni como un estado pasado (por lo tanto, no susceptible de una experiencia regresiva) ni como punto futuro (por lo tanto, independiente de la realidad del organismo). La realidad de la muerte originaria es exorbitantemente exterior a las condiciones de vida a las que da lugar traumáticamente. *La regresión tanatrópica se asienta en la desencantadora verdad de la extinción como futuro anterior* cuya objetividad actual pero independiente y su demanda unilateral de objetivación la vuelven inasimilable para la subjetividad trascendental. Puesto que la actualidad y la independencia de la extinción preceden y sustituyen simultáneamente la temporalidad existencial, la extinción se vuelve irreductible a las diferentes variedades del espiritualismo de la muerte.

2. El segundo aspecto (la praxis de la disipación): Aunque la regresión tanatrópica hacia la exterioridad precursora es unilateralizada por la exterioridad precursora, su economía y curso dinámico siguen la naturaleza conservadora del organismo. La tendencia disipatoria, o más precisamente, el curso de la descontracción hacia la exorbitante muerte originaria está moldeada por la naturaleza conservadora del organismo. La incongruencia energética entre la muerte disteleológica y la naturaleza conservadora del organismo (es decir, el curso medio) hace que la regresión tanatrópica sea topológica, dinámica y económicamente concebida como un torbellino o una curva inflexiva. La vida, en este sentido, es una inflexión de la muerte. A pesar de la inevitabilidad de la muerte, los giros económicos y dinámicos de la vida abren enrevesados horizontes de participación. *Los desvíos [unswege] de la vida o las inflexiones de la muerte se encuentran violentamente abiertas a la praxis (de ahí la posibilidad de la intervención política y la participación económica).*

3. El tercer aspecto (la tendencia dictatorial de la asequibilidad): Dado que el curso y el medio de la regresión tanatrópica están determinados por el orden económico y las condiciones conservadoras del organismo, el *modus operandi* de la tendencia disipatoria del organismo está sometido a las reducciones cuantitativas y cualitativas dictadas por la asequibilidad¹⁶ económica del organismo. Para decirlo en otros términos, las condiciones conservadoras del organismo imponen una restricción económica a la tendencia disipatoria del organismo de modo tal que el organismo sólo muere de formas que le son inmanentes o, más precisamente, asequibles. *En orden a descontracturarse, el organismo solo puede seguir su propio pero asequible y económicamente conservador camino a la muerte.* Acelerar la tendencia disipatoria a través de la praxis política y económica, por lo tanto, no lleva a una divergencia de la economía conservadora, sino a una intensiva reconstitución de los fundamentos dictatoriales de aquella economía al servicio de la muerte.

Acorde a lo que hemos elaborado anteriormente en la sección II, la concepción material libidinial de Land del capitalismo como una praxis inhumanista abierta al proceso disolutorio, acentúa el segundo aspecto del modelo de Freud. Sin embargo, y al mismo tiempo, también adopta relativamente el primer aspecto de la pulsión de muerte freudiana al

interior del ámbito terrestre o no-ubicuo. En consecuencia, en la concepción de Land del capitalismo, la praxis político-económica (concebida por los desvíos y anomalías de la vida) se encuentra y coincide con el vector cósmico de la emancipación. A pesar de eso, a través de la reinscripción del primer aspecto, Brassier muestra de forma elegante que la emancipatoria verdad de la extinción anula ulteriormente las proclividades vitalistas del segundo aspecto y abre el ámbito de la emancipación de lo terrestre a lo cósmico. Y es esta desvinculación cósmica la que inflige un golpe decisivo contra la suficiencia y los deseos humanos, subrepticamente integrados al capitalismo como elementos propulsivos. Brassier reinscribe cósmicamente el primer aspecto de la teoría de regresión tanatrópica de Freud en orden a extender el vector eliminativista/descantador de la Ilustración hasta la exterioridad cósmica como verdad unilateralizante para la movilización del pensamiento especulativo. Sin embargo, la reinscripción cósmica de la pulsión de muerte freudiana también resulta en la desvinculación cósmica del segundo aspecto (a saber, la teoría de los desvíos [*unswege*]), inseparable del primero. En este caso, a pesar de todo, las crecientes convulsiones de la tendencia disipatoria no sugieren nuevas oportunidades para prolongar la vida del pensamiento. En su lugar, estas convulsiones enrevesadas hablan de una retorcida cadena de horizontes de interioridad traumáticamente anidados que deben ser abandonados o traicionados, uno en favor del otro. Aquí, *unswege* presenta un esquema para la objetivación externa del pensamiento, una vuelta de revés del pensamiento en la que el compromiso con el pensamiento es suplantado por la traición del objeto en nombre de la extinción. Esta es la razón por la que la reinscripción cósmica de Brassier del primer aspecto conjura ingeniosamente sombras de ética no-vitalista y de política eliminativista desertificante, que tienden a objetivar cualquier horizonte de interioridad (incluyendo el pensamiento y la encarnadura) para exponerlas luego al desertificante vector del eliminativismo. Sin embargo, tanto Land como Brassier parecen ignorar las implicancias del tercer aspecto (la tendencia dictatorial de la asequibilidad) y excluirlas de sus cálculos respecto del capitalismo y la Ilustración.

La vida del organismo está determinada por el camino que debe recorrer para volver al estado inorgánico. La vida humana, en consecuencia, está determinada por el camino del hombre hacia su exterioridad precursora. La regresión tanatrópica, que se registra a sí misma como tendencia disipatoria de la materia y la energía, se conduce a través de este camino. Tal sendero para lo humano está trazado por las condiciones conservadoras del organismo humano. Llamamos *necrocracia* a este régimen conservador del sistema abierto o del organismo que fuerza a la disipación o a la regresión tanatrópica a estar en conformidad con la capacidad dinámica del organismo o con la economía de disipación asequible del organismo. En resumen, *necrocracia* sugiere las restricciones de la economía conservadora no en relación a la vida sino en relación a los modos en los que el organismo muere; y es el modo de volver a la muerte originaria que prescribe el curso de la vida del organismo. En consecuencia, *necrocracia* no implica que toda vida traiga consigo el reino *de facto* de la muerte o que *vivir* signifique *someterse* a la regla de la muerte. Por el contrario, *necrocracia* sugiere que el organismo debe morir o vincular la exterioridad precursora sólo a través de los modos en los que sus condiciones conservadoras o su orden económico se lo permiten. El principio de asequibilidad en relación al modo de la regresión tanatrópica se ciñe de forma estricta al orden económico del organismo, pero es primeramente condicionado por la exorbitancia y la inevitabilidad de la muerte postulada por la posterioridad anterior de la extinción. De ahí que *necrocracia* se instituya en las condiciones conservadoras de los organismos vivos, que no pueden ni repeler la inevitabilidad de la muerte ni volver *incondicionalmente* al estado inorgánico.

Como elaboraremos más tarde, la incondicionalidad de la muerte o de la extinción no debe ser confundida con la condicionalidad del retorno a la muerte originaria. Esta última es impuesta por la formación del organismo, en donde las capacidades o condiciones para la conservación son inextricables de los términos de desconstrucción planteados por la muerte incondicional. Para las agencias vivas, el camino hacia la muerte está dictado por la capacidad dinámica de conservación; así, los organismos sólo pueden permitirse morir o disiparse acorde a las condiciones impuestas por los factores intensivos y extensivos de asequibilidad. La asequibilidad, en este sentido, es la correlación entre la economía de sustentabilidad y el exceso de la exterioridad que se manifiesta en la correlación económica entre la introgresión complicativa y la progresión explicativa del organismo o del sistema abierto. Por esta razón, la emergente complejidad de las agencias vivas y de los organismos, que se corresponde con su habilidad de posponer temporalmente la muerte y convertir el tiempo conseguido para capitalizar el "interés" del organismo vivo, no refiere a otra cosa más que a las formas asequibles de morir o disiparse. En su tendencia a la complejización, entendida como la asimilación axiomática de

todos los recursos y la insistencia en una autonomía interna a pesar del movimiento acelerante hacia el colapso, el capitalismo responde a los principios de un camino asequible hacia la disolución, principios prescriptos y condicionados por la capacidad conservadora del sistema antrópico en relación a la inevitabilidad de la muerte.

Una vez expuesto el régimen necrocrático del organismo –implicado en el tercer aspecto de la pulsión de muerte de Freud–, el capitalismo se revela como el último frente conservador al que el organismo humano no está dispuesto a rendirse. Las implicancias del régimen necrocrático del organismo desarman la concepción de Land del “capitalismo como torbellino emancipatorio de disolución”, vaciándolo de su aparente bravuconería inhumanista. Al mismo tiempo, tales implicancias empañan el vector desencantador del pensamiento especulativo albergado por la verdad de la extinción, idea que está en el centro del proyecto de Brassier. Aunque lo humano, sus facultades y privilegios, sea objetivado y posteriormente extinguido por la verdad de la extinción, para lo humano, las implicancias de tal verdad sólo pueden registrarse en conformidad con los aspectos estrictamente conservadores del organismo humano. Aunque lo humano y sus medios sean unilateralmente objetivados a nivel cósmico por la verdad de la extinción, el curso de su objetivación (su disolución), corresponde estrictamente a la formación conservadora intrínseca y a los términos interiorizadores de la esfera antrópica. Los vectores especulativos movilizados por la verdad cósmica de la extinción, por lo tanto, se ven forzosamente obstaculizados por el régimen necrocrático en el que lo humano sólo puede vincularse e influir sobre la “muerte exorbitante” (Brassier), es decir, con la extinción en términos conformes a su orden económico y asequibilidad¹⁷. Aunque la verdad cósmica de la extinción apunta a un momento desencantador, su locus de registro se atiene a la economía conservadora y a la asequibilidad restrictiva del organismo humano. En cuanto que la verdad de la extinción es exorbitante, la riqueza del organismo siempre está sometida enérgicamente a la asequibilidad del organismo¹⁸. Las “oportunidades especulativas” (Brassier) de la verdad de la extinción, en esta medida, afirman y refuerzan oblicuamente la verdad conservadora e interiorizante de la asequibilidad humana¹⁹. Las implicancias del régimen necrocrático del organismo, como veremos, esbozan los límites tanto de una concepción emancipatoria del capitalismo como de las oportunidades especulativas generadas por la verdad de la extinción.

IV

El régimen necrocrático del organismo tiene dos ramificaciones económicas: (a) la naturaleza conservadora del organismo afirma que el organismo sólo debe seguir su propio camino hacia la muerte y que todas las demás formas de influir en la exterioridad precursora que no sean inmanentes al organismo o, para ser más exactos, que no sean asequibles para el organismo, deben evitarse; (b) cualquier cambio o reforma dirigida al curso de la vida del organismo o a sus respectivos problemas se ajusta ulteriormente al camino circunscrito del organismo hacia la muerte, camino siempre asequible por el orden económico del organismo y en conformidad con él. El camino hacia la muerte delimita el rango modal por el cual el organismo debe morir ya que estas son las vías o modos de disipación intensivas y extensivamente asequibles por la economía del organismo. Así, la segunda ley necrocrática también puede expresarse de otro modo: las variaciones en los modos de vida y la persecución de un modo sobre otro para bien o para mal del organismo permanecen dentro de los confines de la naturaleza económica y conservadora inherente del organismo, naturaleza siempre demarcada por su economía restringida o por su política exclusivista hacia la muerte. La producción capitalista de estilos de vida, en este sentido, no es más que la consecuencia de la sumisión del capitalismo al régimen necrocrático por el que el organismo sólo debe perecer o vincular la negatividad de formas asequibles para su economía conservadora. La supuesta apertura del capitalismo hacia los modos de vida y su obsesión por los modelos de emancipación orientados a la vida [*life-oriented*] atestigua su progresivo rechazo a cuestionar el régimen necrocrático. [Esta apertura] sugiere la incapacidad intrínseca del capitalismo para plantear formas alternativas de influir sobre la muerte y vincular la exterioridad distintas de las que ofrece el horizonte conservador. Cualquier modelo de emancipación orientado a la vida del organismo está confinado al horizonte monopolista de la necrocracia, que está en total

consonancia con el orden económico del organismo. Los modelos de emancipación orientados a la vida se limitan a marcar las diversas posibilidades de la vida del organismo como los *modi vivendi* dictados por el régimen necrocrático del organismo. Al hacerlo, tales modelos disimulan su marco fundamentalmente restringido y enmascaran su naturaleza obediente hacia el régimen opresivo de la necrocracia que restringe los modos (*modi operandi*) de inflexión sobre la muerte o los modos de vinculación con la exterioridad.²⁰

Contra intuitivamente, asociar el inhumanismo con la singularidad del capital hacia la disolución es defectuoso, si no humanamente miope. Esto se debe a que el vector de aceleración del capital para la disolución permanece de forma estricta en los confines del régimen necrocrático del organismo, régimen en el que la política restrictiva con respecto a los modos de disolución se atiene fundamentalmente a la economía conservadora y a las condiciones de interiorización del organismo (humano). En otras palabras, la tendencia disipatoria del capitalismo está profundamente esclavizada al límite constitucional de la esfera antrópica, ya que el horizonte antrópico no se distingue fundamentalmente por su(s) modelo(s) de vida sino por su actitud simultáneamente restringida y restrictiva hacia la muerte exteriorizante. El capitalismo es, de hecho, la vía más asequible y conservadora hacia la muerte dictada por el organismo humano a un nivel omnicomprendivo. El capitalismo no repele el exceso exorbitante de la verdad de la extinción tanto como afirma económicamente (es decir, ordena la asequibilidad de) tal exceso. La vinculación económica o la asequibilidad del exceso de la verdad de la extinción es ciertamente una vinculación infructuosa, pero una “vinculación infructuosa” esencial y necesaria para apuntalar la verdad aporética del capitalismo sin la necesidad de abolirla. De hecho, la asequibilidad nunca implica una vinculación exitosa con una verdad exorbitante; la asequibilidad es insistentemente una vinculación infructuosa, o más precisamente, económica, atada a la capacidad del orden conservador. Bajo la égida económica de una verdad de extinción infructuosamente vinculada, el capitalismo es capaz de utilizar la inevitabilidad y la ubicuidad de la extinción para fingir y reivindicar, respectivamente, su singularidad y su omnipresencia asertiva. Al presentar la singularidad y la ubicuidad como sus verdades indiscutibles, el capitalismo puede disimular astutamente su orden económico antrópico como una forma terrestre, omnicomprendiva y prevalente, capaz de establecer un vínculo con la exterioridad, que resulta ser “un poco inhumana” (Land). Sin embargo, en realidad, es la decisión económica del organismo humano con respecto a la muerte originaria lo que el capitalismo universaliza a través de las oportunidades político-económicas provocadas por la “vinculación infructuosa” de la verdad de la extinción.

Según Freud, el organismo sólo seguirá su propio camino hacia la muerte. Este camino tanatrópico consiste en aquellos modos de disipación que son fundamentalmente asequibles por la naturaleza conservadora del organismo. Las vías alternativas de retorno al estado originario de disolución están en contradicción con la naturaleza conservadora de la propia vía de regresión tanatrópica del organismo y, por tanto, son excluidas por el régimen necrocrático. De este modo, si la concepción última del capitalismo es una singularidad aceleradora e inevitable de disolución que asimila todos los recursos planetarios, entonces no puede ser una vía de disolución radicalmente alternativa a las ya asequibles por el organismo (humano). Porque si el capitalismo fuera efectivamente un vector de disolución externo al ámbito conservador de lo humano, ya habría sido excluido y ferozmente rechazado por el orden económico del organismo humano. Esto se debe a que, como hemos dicho, no son los modos de vida alternativos los que son rechazados por el organismo, sino los modos alternativos de realizar una inflexión sobre la muerte originaria y de vincular la exterioridad. Por esta razón, el capitalismo no es sino el modo mismo de disipación y disolución exclusivo del horizonte antrópico ya que se encuentra en plena conformidad con la capacidad de la formación interiorizada del ser humano en sus diversas configuraciones económicas. En cuanto modo de disipación fundamentalmente asequible para el orden económico del horizonte antrópico, el capitalismo es inherentemente hostil hacia otros modos de “vincular la exterioridad” que no puede permitirse el horizonte antrópico. En otras palabras, la verdad del dominio global del capitalismo reside en su necrocracia monopolística: una vigilancia feroz contra todas las formas alternativas de vincular la exterioridad o de volver a la muerte originaria que no sean las inmanentes y asequibles al horizonte antrópico. Sólo una vigilancia más allá del odio y la enemistad, pero cegada por el orden económico del organismo y sus apremiantes exigencias puede describir la alerta activamente militante e inteligente del capitalismo contra todos los demás modos de disolución y negatividad. Esta vigilancia se manifiesta en la incansable asimilación por parte del capitalismo de toda forma de negatividad, que acaba reintegrada como otro modo o estilo de vida. Al hacerlo, el capitalismo puede impedir la movilización de esa negatividad

como modo alternativo de vinculación a la exterioridad y, por tanto, mantener su posición dominante respecto a lo humano.

Condicionado por la formación conservadora del organismo, el orden económico del organismo determina el modo a través del cual el organismo debe volver al “estado de disolución” originario. El criterio para tal determinación (morir de una manera y no de otra) es la asequibilidad del organismo. La apertura [al exterior], por su parte, es una correlación económica dinámica entre los factores económicos intensivos y extensivos del organismo. La apertura del organismo al exterior se lleva a cabo a través de una vía asequible que consiste en una serie de actividades que se corresponden con las condiciones económicas del organismo. Esto no significa que el orden económico del organismo sea ajeno a la inevitabilidad de la muerte o la disolución, sino que, por el contrario, tiene en cuenta la certeza de la muerte en todos y cada uno de sus cálculos. Al captar lo orgánico como una inflexión-secuencia de lo inorgánico, los términos de la desconstrucción –incondicionalmente planteados por lo inorgánico– son inseparables de las condiciones inherentes a la agencia orgánica. Sólo incluyendo la inevitabilidad de la disolución, es posible preservar simultáneamente la economía conservadora del organismo y aun así comprometerse en actividades extensivas / explicativas que implican riesgos y gastos peligrosos. Así, más que posponer el momento de la muerte y escapar a la verdad de la extinción, la formación conservadora del organismo se esfuerza por hacer asequible la muerte incondicional y expresar la verdad de la extinción en sus propios términos económicos. La asequibilidad garantiza que la unilateralidad que implica la inevitabilidad de la extinción sea bilateralizada económicamente y, por tanto, *sin éxito*. El objetivo de la asequibilidad es hacer que la discrepancia entre el deseo inherente de autoconservación y la inevitabilidad de la muerte sea coherente con el orden económico del organismo. La postura vigilante contra los caminos alternativos a la muerte infiere la bilateralización económica de los términos unilaterales de la muerte, porque aquí la bilateralización atestigua la vinculación de la verdad de la extinción en los exclusivos términos del organismo y su orden económico. Las influencias desencantadoras de la extinción del pensamiento, en consecuencia, se ven amortiguadas por la bilateralización económica de la muerte. Para el horizonte antrópico, tales términos bilaterales, es decir, asequibles, se ajustan a la verdad del capitalismo esquizofrénicamente desatado como modo asequible dominante de disipación o regresión tanatrópica. Si la “verdad de la extinción” está infructuosamente vinculada como un vector de disipación cuyos términos son asequibles para el organismo, y si para el horizonte antrópico el capitalismo se erige como el conjunto dominante de tales términos, entonces la vinculación económica de la verdad de la extinción inaugura la verdad del capitalismo.

Al final, lo que la vigilancia del capitalismo contra formas no dialécticas de negatividad sugiere es que la exorbitante verdad de la extinción ha sido vinculada por los términos conservadores del horizonte antrópico reflejados en la tendencia disipativa del capital. Además, esta vigilancia axiomática indica que el capitalismo no está dispuesto a compartir la verdad de la extinción por fuera de su propio camino disipativo económicamente cimentado. En este caso, las oportunidades especulativas provocadas por la exorbitante verdad de la extinción contribuyen a la potencia militante del capitalismo a la hora de eludir formas alternativas de vincular la exterioridad y obstruir la removilización de la negatividad no dialéctica de formas que no se ajustan al orden económico del horizonte conservador.

La razón de la vigilancia contra vías alternativas de disipación puede explicarse de forma sencilla: el organismo insiste en vincular la muerte sólo a sus propios términos. Estos términos son las condiciones inherentes a la capacidad de conservación del organismo y, respectivamente, a la asequibilidad de movilizar dicha conservación en cualquier dirección. En consecuencia, estos términos son las premisas económicas que marcan los límites del organismo y determinan su concepción. Lo que principalmente obliga al organismo a diseñar su propio camino hacia la muerte es la imposibilidad de negociar los términos obligatorios de la muerte exorbitante. En otras palabras, es la unilateralidad de la extinción –la inmensidad traumáticamente exorbitante de la verdad de la extinción– lo que inspira y contribuye al régimen exclusivista de disipación del organismo. Para el horizonte antrópico, el capitalismo corresponde al régimen necrocrático –mediante el cual se llevan a cabo la inflexión sobre la muerte originaria y la vinculación con la exterioridad– en términos estrictamente ajustados a la formación conservadora del horizonte interiorizado. De este modo, es la inmensidad exorbitante de la verdad de la extinción la que inspira la emergencia y la aceleración del capitalismo como tendencia económicamente asequible para la disipación y la liquidación. Cuando se trata de una verdad exorbitante, ya sea la del sol o la de la extinción cósmica, las opciones especulativas se limitan a cómo la riqueza exorbitante (¿oportunidades

especulativas?) va a ser desperdiciada. Este *dictum* se encuentra en el corazón del capitalismo como consecuencia especulativa de una verdad exorbitante para la que la compulsión traumática de desperdicio debe entrelazarse y unirse con la economía inherentemente conservadora del “permitirse más” [*affording more*]. La incesante producción de *modi vivendi* (cursos de vida) del capitalismo es el resultado de capturar los términos obligatorios y exorbitantes de la extinción en términos bilaterales y asequibles. Esto se debe a que la posibilidad de vivir está garantizada por estos términos bilaterales, términos según los cuales la muerte puede ser exigentemente abordada siguiendo las coordenadas de la capacidad orgánica y su propia asequibilidad interiorizadora. En consecuencia, contra la desestimación por parte de Land del tercer aspecto del modelo energético de Freud como una “alucinación de seguridad”, la necrocracia orgánica no subordina la muerte al organismo, sino que por el contrario se trata del resultado de la plena subordinación a la muerte²¹.

La postura exclusivista del organismo respecto de su camino hacia la muerte es la expresión misma de la insuperable verdad de la muerte al interior del horizonte orgánico como tendencia disipatoria, tendencia que se supone moviliza las condiciones conservadoras del organismo hacia la muerte. La sumisión incondicional a la muerte –o una muerte cuyo camino no esté cimentado por los términos económicos del organismo– habla de la imposibilidad de la temporalidad de la vida orgánica desde el principio. Una muerte que no permite al organismo morir en sus propios términos es una muerte que usurpa todas las condiciones requeridas para la diferenciación orgánica y la supervivencia temporal. Sin embargo, las instancias contingentes e innegablemente escasas de la vida orgánica y la supervivencia transitoria implican que la regresión tanatrópica es meramente incondicional con respecto al inevitable poder unilateralizante de la muerte, pero condicional en términos de su “curso de conducción”. La inevitabilidad de la muerte no apunta a su incondicionalidad absoluta, sino más bien al intento compulsivo del organismo de vincular su exterioridad precursora reuniendo todas sus propias condiciones económicas intensivas y extensivas hacia la disolución. Los desvíos [*detours*] de la vida se trazan no porque la muerte deba abrazarse incondicionalmente, sino porque el organismo es en sí mismo la inflexión de la muerte, una curva-pendiente entre la inevitabilidad de la muerte y las condiciones conservadoras del organismo. Es esta misma concepción del organismo como una relación diferencial entre la verdad insuperable de la muerte y las condiciones orgánicas conservadoras para vincularse con tal verdad lo que trae consigo la posibilidad de aceleración o apresuramiento hacia la disolución. Sin embargo, como hemos argumentado, este apremio no es una aceptación radical de la exorbitante verdad de la extinción, sino más bien una forma asequible y, por lo tanto, puramente económica (insatisfactoria) de vincular el exceso de una verdad de tal calibre. Es el exceso ineludible de la verdad de la extinción –como aquello que no se puede eludir– lo que requiere una forma asequible de vinculación dentro del orden económico del organismo. Y es esta vinculación asequible la que puede concebirse en términos de aceleración²².

V

Una concepción simultáneamente inhumanista y emancipatoria del capitalismo como pasarela para la praxis imaginativa (¿especulativa?) es una quimera elaborada con demasiada prisa. Esto no se debe a que el capitalismo no sea en realidad un deseo de colapso parcialmente reprimido, sino a que la imagen del capitalismo como singularidad planetaria hacia la disipación atestigua su rígida conformidad con el horizonte antrópico, que sólo sigue caminos asequibles hacia la muerte. De este modo el capitalismo, como tendencia disipatoria retorcida, rechaza rígidamente todas las demás vías de disolución y vinculación con la exterioridad que no sean inmanentes o asequibles para el horizonte antrópico. Esto se debe a que la obligación conservadora de la tendencia disipatoria dominante (es decir, la vía orgánica a la disolución) implica frustrar cualquier perturbación que pueda dirigirse a la aproximación bilateral o conservadora a la muerte por parte del organismo. Al mismo tiempo, la insistencia en las oportunidades especulativas engendradas por la desencantadora verdad de la extinción –el “futuro anterior”– es algo más que un mero exceso de confianza filosófica en la consumación ilustrada del nihilismo y una subestimación de las supercherías antropomórficas. Pues, como argumentamos, en el ámbito del organismo, la exorbitante verdad de la extinción se registra como un camino conservador hacia la extinción, es

decir, se encuadra como una verdad mediocrementemente asequible. Por otro lado, argumentamos que la exorbitante verdad de la extinción inspira y contribuye a la tendencia disipatoria predominantemente necrocrática del organismo, que en el caso del horizonte antrópico conforma la verdad del capitalismo. Por esta razón, la verdad de la extinción no es suficiente para garantizar ni la praxis imaginativa del capitalismo ni las oportunidades especulativas que alberga la sublimación nihilista de la Ilustración. Las creativities ostensiblemente inhumanistas del capitalismo y las implicancias especulativas de un eliminativismo cosmológico se convierten, respectivamente, en partes de una convención antihumanista o de un *lore* popular nihilista que, en última instancia e irónicamente, carecen de una visión astuta de la fatalidad. La contundente confianza de ambos en la verdad de la extinción, ya sea como aquello que misteriosamente lo soluciona todo o como la puerta de entrada a vistas especulativas esterilizadas de desorden humano, voluntario o no, contribuye a la verdad del capitalismo sin molestarse en perturbar sus zonas de confort.

Es el registro de la exorbitante verdad de la extinción como tendencia disipatoria asequible lo que permite al organismo vincular activa pero económicamente (es decir, insatisfactoriamente) la extinción. Y es la vinculación económica de la extinción como garante de la disipación activa lo que fuerza al organismo a adoptar una política exclusivista respecto a otras formas posibles de vincular la muerte originaria o de perderse en una exterioridad *qua* negatividad no conceptual. Mientras que el primer impedimento con respecto a la verdad de la extinción complica las aventuras del pensamiento especulativo, el segundo obstáculo impuesto por la política exclusiva hacia formas alternativas de vincular la exterioridad establece un límite importante contra la posibilidad de tener una contrapartida político-económica para el pensamiento especulativo. Sin embargo, como decíamos al principio, una vez que estos límites salen a la luz, el pensamiento filosófico y la praxis política pueden intentar superarlos o moverse en otra dirección en la que tales impasses tengan una influencia menos paralizante. Llegados a este punto, abordaremos brevemente algunas de las alternativas puramente conjeturales provocadas por el desvelamiento de los límites mencionados.

Si identificamos la vida del horizonte antrópico –tanto el *hardware* material como el pensamiento humano– como un conjunto de formas dinámicas pero asequibles y exclusivistas para que el horizonte antrópico vincule la exterioridad precursora, entonces podemos definir provisionalmente lo Inhumano por la posibilidad de formas *alternativas* de vincular la exterioridad y la negatividad sin concepto. Lo Inhumano, respectivamente, se traza por aquellas formas de vincular la exterioridad o la complicidad con la negatividad no conceptual, ambas son formas no inmanentes al horizonte antrópico y traicionan el orden económico del horizonte antrópico con respecto a la exterioridad. Tales alternativas no sugieren simplemente morir de maneras distintas a las prescritas por el organismo, sino más bien movilizar formas no dialécticas de negatividad que no pueden ser excluidas por la tendencia disipatoria dominante del horizonte antrópico ni pueden ser plenamente sublimadas por su orden. Por esta razón, estas formas removilizadas de negatividad no dialéctica no deben ser completamente inasequibles o externas al orden económico, pues tal resistencia absoluta a la exterioridad o a las condiciones conservadoras –en relación a la asequibilidad del horizonte– es indexada como una negatividad *exorbitante*. Como mostramos anteriormente, es precisamente la inasequibilidad de la negatividad exorbitante –como aquello excluido de la negociación– lo que inspira el enfoque conservador necrocrático del organismo hacia la exterioridad. Y es la insistencia en asimilar (es decir, afirmar económicamente) una negatividad tan exorbitante y externalizada lo que se convierte en una compulsión para el organismo de excluir otras formas posibles de vincular la exterioridad. Dicha exclusión se lleva a cabo mediante la eliminación compulsiva de todo rastro de negatividad no dialéctica que no sea asequible por el orden económico del horizonte conservador. En consecuencia, es la eliminación compulsiva de rastros alternativos de negatividad no dialéctica y unilateralizantes lo que impide el despliegue del pensamiento especulativo y su praxis. Sin embargo, del mismo modo que estas formas movilizadas de negatividad no dialéctica no deberían postularse como índices de externalidad exorbitante, tampoco deberían sucumbir a un estatus consistentemente positivo para afirmar y volver a representar el horizonte conservador.

En orden a cargar y removilizar las huellas de la negatividad no dialéctica como formas alternativas de vincular la exterioridad, la negatividad no debe ni afirmar el horizonte conservador ni postularse a sí misma como exorbitantemente externa respecto de él. Tal removilización de la negatividad no dialéctica, en esta medida, recuerda la pragmática traicionera del Insider: una negatividad interiorizada pero inasimilable (unilateralizada) que utiliza la asequibilidad económica del horizonte conservador como medio alternativo para la irrupción de la exterioridad²³. La removilización de

la negatividad no dialéctica, por esta razón, requiere, como el llamado Insider, una concepción equívoca del vacío como su principio de negatividad. Esto se debe a que una concepción equívoca del vacío no celebra su exterioridad como una exterioridad exorbitante que impone a la negatividad en la forma de una tendencia disipatoria conservadora hacia el exterior (sustracción extensiva). La concepción equívoca del vacío no sólo trae consigo la posibilidad de la negatividad, sino que también hace que dicha negatividad sea infecciosa, pues equivocidad significa aquí que el vacío como principio de negatividad está intensiva y problemáticamente abierto a interiorizar los términos y condiciones del horizonte conservador sin dejar de ser exterior ni perder su negatividad inasimilable. Dado que puede ser interiorizada pero no asimilada, la concepción equívoca del vacío interioriza el “poder de incisión” (Brassier) de la negatividad no dialéctica como aquella creatividad de la perforación que efectúa la inasimilabilidad/unilateralidad de la negatividad como una exterioridad desatada dentro del horizonte interiorizado²⁴. Sólo la aceleración de un mundo-capitalismo perforado por tales concepciones internas [*insider conceptions*] de la negatividad no dialéctica equivale a la propagación metastásica de un terror exteriorizador que está demasiado cerca de la vena yugular del capital como para dejarlo sin tratar.

En resumen, la concepción equívoca del vacío como principio de negatividad moviliza una lógica de la negatividad que no requiere operar a un nivel exorbitantemente exterior ni convertirse en una salvación positiva. Mientras que la exorbitante concepción de la negatividad como índice externo de resistencia alimenta el ímpetu conservador del capitalismo por ampliar sus límites (“*permitirse más*” [*affording more*]), la postura positiva de afirmación es una recreación sin artificios del horizonte conservador. Por lo tanto, el objetivo programático de una praxis inhumana es removilizar la negatividad no dialéctica más allá de tales concepciones de la negatividad alimentadas por el Capital. Sin tal patrocinador programático, ética alternativa de apertura o política de exteriorización, los vectores especulativos del pensamiento no sólo son vulnerables a las manipulaciones del capitalismo, sino que también se ven gravemente impedidos.

Es posible reformular los límites discutidos en este ensayo en términos de los límites implícitos en la imagen terrenal del pensamiento. Si acorde a Freud, la desenvoltura del organismo es moldeada por la correlación extensiva entre la tierra y el sol, entonces, ¿cuáles son las implicancias de esta relación para el pensamiento terrenal? Puesto que parece que la correlación disipatoria-conservadora de la tierra y el sol han arraigado sus raíces en el pensamiento como modelo dominante de la economía, la topología y la dinámica de la vida. Esto no sucede sólo porque una gran mayoría de las formaciones del planeta (incluyendo todos los emprendimientos humanos) dependen del sol, sino también porque la exorbitante exterioridad del sol arraiga en el pensamiento una imagen conservadora de la exterioridad. Tal exorbitante exterioridad sólo puede ser vinculada como una tendencia disipatoria asequible que limita rígidamente la imagen de la exterioridad y, al hacerlo, restringe todas las otras vías posibles de vincular la exterioridad. El eje energético sol-tierra se ha vuelto una cadena de carga para la imagen terrenal del pensamiento en cuanto constituye el modelo exclusivista de la muerte y la disipación que restringe el alcance del pensamiento respecto de su propia muerte. La pregunta, en este punto, es cómo romper el modelo hegemónico del sol en relación a la muerte y la exterioridad sin la necesidad de someterse a otra estrella, a otro horizonte; o incluso, cómo invertir la verdad de la extinción cuya exorbitancia lleva a restricciones reminiscentes de aquellas impuestas por el exceso solar. ¿Acaso la desvinculación especulativa del pensamiento terrenal respecto del sol como modelo exclusivista de la disipación –que debe ser asequible mediante cualquier medio– requiere una nueva concepción de la *terrestrialidad* que vincule la exterioridad en modos diferentes a aquellos prescritos por la economía solar? ¿O acaso tal tarea requiere un vector de pensamiento capaz de circunscribir la tierra –y aislarla– en orden a evadir los límites impuestos por la economía solar, el orden de asequibilidad económica y la imagen restrictiva de la exterioridad inmanente a ella? Pero entonces, ¿cuál es la relación de tal pensamiento que se ha despojado a sí mismo de sus propios recursos inmediatos con un “idealismo extralimitado”?

NOTAS

1. El capitalismo es una hipotética plataforma universal de resolución de problemas y tratamiento de la información que para cada problema y deseo determina una solución -un mercado- recurriendo a una muerte inmanente que lo exterioriza como una forma disolvente de animación (¿producción?) que se intensifica y se hace más intrincada a medida que abarca más problemas (recursos potenciales).
2. Ray Brassier, *Alien Theory: The Decline of Materialism in the Name of Matter*, Warwick University, PhD Dissertation, 2001. Online available at: <http://www.cinestatic.com/transmat/Brassier/ALIENTHEORY.pdf>, pg. 163.
3. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El anti-edipo*, Barcelona, Paidós, 1983, p. 345. Énfasis mío.
4. A pesar de todas las evidencias críticas que se aproximan, pocas de las líneas conjeturales de este ensayo podrían haberse desarrollado sin las contribuciones originales de Nick Land, que han dejado irrefutablemente sus marcas distintivas en el cuerpo larvario del pensamiento especulativo.
5. Nick Land, "Deseo Maquinico", *Fanged Noumena*, Vol. 1, Barcelona, Holobionte, 2019, p. 66.
6. Nick Land, *The Thirst for Annihilation: Georges Bataille and Virulent Nihilism*, London, Routledge, 1992, p. 80.
7. Nick Land, "Haciéndolo con la muerte: Comentarios sobre el Tánatos y la producción deseantes", *Fanged Noumena*, Vol. 2, Barcelona, Holobionte, 2023, p. 205.
8. Cf. Ray Brassier, *Nihil desencadenado*, Segovia, Materia Oscura, 2017, pp. 20381-445.
9. Nick Land, "Haciéndolo con la muerte: Comentarios sobre el Tánatos y la producción deseantes", op. cit.
10. "Lo que hace es deshabilitar retroactivamente la proyección, de la misma manera que abole preventivamente la retención. A este respecto, la extinción se desenvuelve en una "posterioridad anterior" que usurpa la "anterioridad futura" de la existencia". Ray Brassier, *Nihil desencadenado*, op. cit., p. 422.
11. Ray Brassier, *Nihil desencadenado*, op. cit.
12. Ibid.
13. Ray Brassier, *Nihil desencadenado*, op. cit., p. 419.
14. Sigmund Freud, *Obras completas. Vol. 18. Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 38.
15. Ibid, p. 39.
16. El término "affordability" resulta central a lo largo del texto, incluso en la formulación de un "principle of affordability". Aquí se ha optado por traducir el término como "asequibilidad". Término perteneciente al vocabulario económico, central en la lectura de Freud realizada, refiere a algo que se puede comprar porque se tiene suficiente dinero: "afford: to have enough money to be able to buy or do something". [N. de T.].
17. Brassier, *Nihil desencadenado*, op. cit.
18. La asequibilidad no debe entenderse únicamente en términos del organismo, sino también como una correlación económica a través de la cual la continuidad entre el exceso que da lugar al organismo y el exceso exteriorizador de la muerte puede mantenerse a través y dentro del orden económico del organismo o del sistema abierto.
19. Brassier, *Nihil desencadenado*, op. cit.
20. A lo largo de toda la historia de la filosofía, se ha sostenido y mantenido sin interrogación una ley de ligazón unánimemente establecida. Paralelamente al modelo energético de la disipación orgánica o muerte, esta ley o principio axiomático sostiene que la muerte o exterioridad cósmica puede ligarse de una sola y única manera. En consecuencia, la extinción o exteriorización cósmica aparece siempre como un punto singular de partida o de retroceso (inflexión) hacia la exterioridad precursora de cuyo camino monista el organismo no puede desviarse. La instauración de este modelo de ligadura se debe a la insuficiencia del pensamiento y de la imaginación filosófica para pensar la extinción como vías o recorridos contingentemente "diferentes o alternativos" de ligadura de la exterioridad cósmica. El modelo de muerte o exteriorización como singularidad crea un impasse para el pensamiento que se traduce en una incapacidad naturalizada para pensar un modelo alternativo de exterioridad vinculante o extinción cósmica. Porque ese modelo alternativo de ligadura, muerte o exteriorización se interpreta erróneamente como otra forma de "vivir" (que escapa de modo vitalista al pensamiento de la extinción) o como una forma imposible de exteriorización y muerte que, irónicamente, debe evitarse por motivos filosóficos y políticos. La economía restringida de la muerte como singularidad sólo puede permitirse la idea de extinción de acuerdo con las "posibilidades" dadas del mundo y nunca de acuerdo con la contingencia inherente a la exterioridad, una contingencia que es irreductible tanto a las posibilidades del mundo como a los mundos posibles. Por lo tanto, para abrazar el pensamiento de la extinción como expresión unilateral de la contingencia absoluta, primero debemos romper con el modelo de la muerte como asepsia, que no es sino la muerte según el "mundo de las posibilidades dadas".
21. Lo que Freud denomina "el camino hacia la muerte peculiar del organismo" es una alucinación de seguridad, que vigila el paso de la muerte por el organismo. "El organismo solo quiere morir a su manera", escribe Freud, como si la muerte fuera especificable, privatizable, subordinada a un orden

reproductivo [...]” Land, “Deseo maquínico”, op. cit., p. 70.

22. Mientras que para Land la posibilidad de acelerar el capitalismo descansa en la vinculación económica de un índice exorbitante de exterioridad en el ámbito energético del organismo, para Brassier la posibilidad de la vinculación filosófica de la extinción sólo puede anclarse en la vinculación económica de la verdad exorbitante de la extinción. Esta ligazón económica puede entenderse en términos de un relato freudiano profundizado del trauma cuya topología y modelo energético son casualmente comprometidos y estratégicamente afirmados tanto por Land como por Brassier.
23. Para más detalles sobre una concepción equívoca del vacío: Cf. Reza Negarestani, “Differential Cruelty: A Critique of Ontological Reason in Light of the Philosophy of Cruelty”, *Angelaki*, vol. 14, no. 3, 2009, pp. 69-84.
24. Brassier, *Nihil desencadenado*, op. cit.